

soberanía de una esfera de influencia fuera del patrimonio estatal español”.

La concentración de la riqueza no es una caracterización de la época colonial en México como plantea Doris M. Ladd. Ahora bien, la ganancia tampoco es distintiva del capitalismo específicamente. Esta se supone en todos

los métodos para acrecentar la fuerza productiva social del trabajo. Métodos que son pensados y llevados a cabo por los comandos ejecutivos, de acuerdo a los dueños del negocio.

El estudio de Doris M. Ladd es un estudio del grupo económico más poderoso de la época de la independencia, no de la nobleza

en sentido estricto. De una parte de la oligarquía colonial que se identifica con la propiedad, las inversiones, el lujo y el gasto suntuario.

Por otra parte, es un ensayo que busca explicaciones diferentes a las de la historia oficializada del liberalismo institucionalizado.

Los obreros y la fisonomía nacional

Ingrid Ebergenyi

Víctor M. Durand (coordinador), *Las derrotas obreras 1946-1952*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, 1984, 204 pp.

Este libro tiene el mérito de ocuparse de un periodo y un tema poco conocidos más allá de ciertos círculos académicos de izquierda. Está formado por seis textos individuales: “Relaciones entre estructura y coyuntura en el análisis del movimiento obrero”, el ensayo de Durand que sirve de introducción a *Las derrotas obreras* y cinco monografías que las documentan: “Golpe al movimiento ferrocarrilero, 1948” de Guadalupe Cortés, “Golpe al Sindicato de Trabajadores Petroleros de la República Mexicana, en 1949” de Ma. Angélica Cuéllar Vázquez, “El movimiento minero, 1950-1951” de María Mercedes Gaitán Riveros, “El movimiento del Sindicato Mexicano de los Electricistas en el año de 1952” de Jesús Rivera Hernández y, finalmente, “La Unión General de Obreros y Campesinos

de México” de Jesús Rivera Flores. Todo estos ensayos monográficos remiten a la información de los autores ya tradicionales en la historia obrera (Mario Gil, Luis Araiza, Antonio Alonso, etc.) y a fuentes hemerográficas; en conjunto proporcionan una imagen general y bastante completa de los protagonistas y sucesos más relevantes de la historia obrera en el sexenio de Miguel Alemán, lo cual permite vislumbrar la intrincada red de relaciones dentro del movimiento obrero y con el exterior. La naturaleza misma de las fuentes limita la profundidad de los trabajos, al mismo tiempo que abre preguntas interesantes que *Las derrotas obreras* no responde.

Aunque se trata, según la interpretación de los autores, del proceso de aplastamiento de una iniciativa de sindicalismo independiente y nacionalista, estos ensayos cuentan distintas historias —a veces paralelas, otras encontradas.

Durand se encarga de la gran historia estructural. Las condiciones nacionales e internacionales que esboza sirven de fondo a los

sucesos que recuperan los estudios monográficos. La metonimia es exacta para la descripción en este nivel amplio de generalización y el periodo queda descrito a grandes rasgos de la siguiente manera:

“Tanto el proyecto orgánico de los trabajadores, como el de la burguesía, liderada por el imperialismo, se asentaron sobre una situación estructural que cambió rápidamente durante la posguerra. En el año de 1944 la situación económica del país era bastante bonancible pues el conflicto bélico había propiciado la rápida expansión de la producción industrial y agrícola para satisfacer la demanda de Estados Unidos. La favorable balanza de pagos de los años anteriores había posibilitado la acumulación de divisas que parecía permitir un nuevo proceso de importaciones para renovar el gastado equipo industrial destinado a la producción de bienes de consumo durable y de capital, para ir integrando una industria nacional independiente. Esta situación permitió la elaboración del proyecto nacionalista y anti-

imperialista asentado en el Pacto Obrero-Industrial.”

El promotor de este Pacto, junto con la propuesta del Partido Popular, era Vicente Lombardo Toledano. Lo apoyaba una izquierda un poco difusa, algunos liberales, y su propia ascendencia añeja en la CTM. El imperialismo, a su vez, tenía sus aliados:

“En el otro extremo de la correlación de fuerzas sociales la situación del imperialismo en la posguerra era crítica, pues el final de la guerra trajo como consecuencia un retraimiento en la demanda y la posibilidad de una crisis de sobreproducción. Ante ello, el imperialismo desata una cruzada a favor del librecambio, con la finalidad de abolir todas las barreras comerciales que impedían la entrada de sus productos en los mercados externos. En México esta posición era apoyada por la burguesía comercial que veía en el proyecto nacionalista una merma de su actividad y consecuentemente una pérdida de ganancias. Políticamente se oponían a los grupos empeñados en la instauración de una política nacionalista, tachándolos de comunistas. Con ello también se aliaba al imperialismo que entraba en la historia anticomunista originada en la consolidación y crecimiento de la influencia de la Unión Soviética. De esta manera y en especial en América Latina la lucha contra el comunismo significaba al mismo tiempo la lucha contra los defensores del nacionalismo económico.”

Todo parece estar dicho, y sin embargo falta precisamente la historia. Como el mismo Durand afirma, esta condición económico-política debe entenderse sólo como el marco o los límites para el desarrollo de la acción subjetiva de los hombres y/o los grupos.

Lamentablemente, el determinismo permea el análisis —a veces por descuido o cierta “inercia discursiva”— tanto al ensayo inicial como a los estudios monográficos que le siguen, con la excepción notable del trabajo de Antonio Rivera Flores sobre la Unión General de Obreros y Campesinos de México. Porque sólo por un descuido Durand pudo concluir que:

“Las modificaciones estructurales ocurridas durante los últimos años del gobierno de Avila Camacho, cerraban las posibilidades de la opción nacionalista y antiimperialista y dejaban prácticamente decidido el camino del desarrollismo asociado al imperialismo.”

Una afirmación así devalúa instantáneamente el contenido de los trabajos monográficos, aparte que deja fuera los hechos particulares o “insólitos” —como por ejemplo, que la política arancelaria alemanista terminara orientándose hacia el proteccionismo, en ese llamado “primer repudio al Gatt”. Según el mismo Durand apunta:

“No obstante, el camino adoptado por el gobierno alemanista fue otro, una vez aceptada la posición imperialista, quedaba por definir un aspecto fundamental de la política arancelaria y el proteccionismo a la industria nacional. Este aspecto era de gran importancia, pues frente a la penetración del imperialismo la burguesía industrial nacional no tenía otra forma de hacerle frente que la protección que le podía brindar el estado cerrando la frontera a la importación de bienes similares a los producidos en el país y dando condiciones internas para mantener los altos costos de producción. El gobierno de Miguel Alemán modificó en el año de 1949 el arancel acordado en 1942 que

era sumamente favorable a Estados Unidos y al mismo tiempo estableció el control de las importaciones para encauzar el proceso de acumulación y proteger la industria establecida, beneficiando también a la inversión extranjera instalada en el país. Este hecho significó a nuestro parecer una negociación con el imperialismo y con la burguesía comercial para favorecer a la industria y con ello romper la alianza con el movimiento obrero dirigido por Lombardo.”

Aun con estos descuidos en el ensayo de Durand, los estudios monográficos aportan información y en ellos aparecen los hechos insólitos y particulares que tuvieron lugar en el movimiento obrero de esos años. La primera lectura descubre la división interna en el movimiento obrero organizado, constatable en todos y cada uno de los casos que revisa *Las derrotas obreras*, aunque este hecho nunca aparece integrado en los análisis. María Mercedes Gaitán, en su estudio sobre el movimiento minero, atiende a esta división desde una perspectiva demasiado cómoda:

“La división de la clase trabajadora en diferentes y aun opuestas agrupaciones, no expresaba una división profunda e irreparable de sus contingentes. Podemos advertir cómo por encima de las centrales y sindicatos autónomos, el movimiento de lucha de los trabajadores se mantiene vigoroso apoyado por el espíritu unitario de las masas.”

Pero ¿dónde “podemos advertir”? ¿Qué es este “espíritu unitario de las masas” que se encuentra “por encima” de las centrales y sindicatos autónomos? Al concentrarse en los líderes o en “los sindicatos”, los estudios monográficos no se ocupan mayormente de

“las masas”, y sin embargo, la división es, sin duda, evidente. Además de la división dentro del movimiento obrero organizado, se constata también la presencia de líderes sindicales poderosos y volubles —de Gómez Z., Campa y Lombardo a Fidel Velázquez y Amilpa, entre otros—, así como la presencia de comunistas del PCM, del PCOM, y lombardistas en las dirigencias de los sindicatos nacionales de industria. Y se nota también la represión anticomunista —señalada por Durand— por la vía de los medios de comunicación y el uso de la fuerza y la cárcel. Con todo, hay que notar la falta de integración general de los estudios monográficos —cada uno precedido de su propia integración teórica— y de un cierto orden en la reflexión.

La información de *Las derrotas obreras* no pinta un cuadro simple de la organización obrera en la segunda mitad de los años cuarenta y el principio de los cincuenta. De entonces es la actual fisonomía de la CTM y su línea política. Los conflictos entre 1946 y 1952 incluyen la salida de la central cardenista de los sindicatos “nacionales de industria” —algunos de ellos para siempre y sólo recuperados por el estado a través del Congreso del Trabajo en los años sesenta—, así como la formación de una alianza “fraternal” o “sindical” —en la que fincan sus sueños Gómez Z. y el mismo Lombardo y que el estado se encarga de dismantelar a través de “charrazos” o golpes internos en cada uno de los sindicatos— entre los sindicatos de industria escindidos de la CTM. Los puntos de conflicto entre los sectores del movimiento obrero a veces parecen ser puramente personalistas o clientelistas, y a veces, como en el caso de Lombardo, provinie-

ron de visiones distintas sobre el desarrollo del país. Las demandas económicas no siempre se advierten en los conflictos de las distintas ramas.

Respecto al problema de los salarios, ese “factor” de la estructura tan relacionado con la vida y la acción obrera, *Las derrotas obreras* no ofrece una apreciación integrada al análisis. Durand le dedica muy poco espacio y sólo algunos de los estudios monográficos abordan de manera tangencial este problema. Según Antonio Rivera Flores, los trabajadores habían visto disminuir el poder adquisitivo de su salario durante los años de la guerra al no revisar salarios sino hasta el triunfo de la democracia, según decía el compromiso humanitario del Pacto de Unidad Nacional. Y sin embargo, no en todos los conflictos de esos años aparecieron las demandas por un aumento a los salarios. Este problema no era central en las preocupaciones de Lombardo ni en los planteamientos de Gómez Z. En los conflictos de los sindicatos nacionales de industria no hubo demandas salariales —tal es el caso del “charrazo” ferroviario— o bien fueron mínimas frente a aquellas otras que se ocupan de la globalidad de las condiciones de trabajo —como en el caso de los sindicatos petrolero y minero, expresadas en la lucha por la revisión o no revisión de los contratos colectivos de trabajo.

También es evidente la lucha entre grupos y líderes por el control del poder sindical. En su estilo particular, y a partir de una lógica deductiva un poco excéntrica, María Mercedes Gaitán expresa uno de los puntos de vista sobre la situación de la clase obrera en esa época:

“El proletariado mexicano vivió una situación desoladora, los mo-

vimientos obreros y campesinos así lo expresaban, mientras la burguesía nacional afianzaba su posición y por ende su proyecto de sociedad. En este contexto no es raro ver el alto costo de la vida que hacía descender el poder adquisitivo de los trabajadores era concomitante (sic) al divisionismo, contradicciones, depuraciones, segregaciones, y sectarismo tanto en el seno de las centrales obreras como de las unidades sindicales que prácticamente demolió la endeble unidad y fuerza de los trabajadores. Es decir que la clase trabajadora se encontraba en una situación de inferioridad para defender con eficiencia sus intereses frente a los propósitos de los sectores patronales.”

Son evidentes las muchas contradicciones en este párrafo. En todo caso, el seguimiento del problema de los salarios resulta fundamental para comprender el desarrollo de los conflictos en esos años.

Y, finalmente, está Lombardo Toledano. “Pequeño burgués” y “reformista” lo llaman algunos autores, pero para otros —como el mismo Durand— era la alternativa “nacionalista” frente al imperialismo, el bien frente al mal. Sin embargo, el Partido Comunista Mexicano no lo apoyó, y una vez que traicionó a la izquierda y se afianzó en la CTM, Lombardo fue traicionado por Amilpa y terminó perdiendo el respaldo de los obreros organizados. Ma. Angélica Cuéllar achaca la derrota de los mineros a su filiación lombardista y al Partido Popular. No obstante, Durand habla de la alternativa lombardista en otros términos:

“La definición del periodo de estudio está dada por el final de la Segunda Guerra Mundial, que pone fin al pacto de unidad entre

el movimiento obrero organizado y el gobierno de Manuel Avila Camacho. A partir de este momento el movimiento obrero se empieza a plantear la necesidad de modificar su estrategia de participación y de lucha en la sociedad nacional y en donde destaca la necesidad de la construcción de un nuevo partido político que reemplazara al PRM que a juicio de Lombardo Toledano había dejado de cumplir su función de aglutinador y representante de los intereses de los trabajadores, dando inicio al esfuerzo por construir el Partido Popular y por otra parte la alianza con una pequeña parte de la burguesía industrial agrupada en la CNIT, que postulaba la necesidad de una política nacionalista y antiimperialista para fomentar la industrialización autónoma del país. De esta manera el proceso de formación del Par-

tido Popular y el Pacto Obrero Industrial de 1945 *constituyen las líneas maestras del movimiento orgánico de la clase obrera en el periodo*. El año 1952 señala la total derrota de ese movimiento y consecuentemente la consolidación del proyecto de acumulación y dominación encabezado por el imperialismo norteamericano, el gobierno alemanista y la burguesía nacional, tanto industrial, salvo la pequeña parte representada en la CNIT, como la comercial y bancaria." (Subrayado de I.E.)

Sin *líneas maestras* ni movimientos *orgánicos*, las monografías permiten llegar a una conclusión distinta. Para quienes prefieren esos asuntos que atan de manera visible a los hombres con los acontecimientos y con otros hombres, *Las derrotas obreras* despacha varias opciones y señala una línea de acontecimientos en-

medio del cambio de la fisonomía nacional que significaron los años que van de 1946 a 1952, la de lo relacionado con los trabajadores organizados y el estado. En cuanto a esto, *Las derrotas obreras* muestra un hecho casi insólito: no sólo la tradicional injerencia del estado en el movimiento obrero, sino la injerencia del movimiento obrero organizado en el estado y la definición de un proyecto económico-político nacional.

En el número 11 se omitió el crédito de traducción al artículo de Pedro Carrasco "La economía política de los estados azteca e inca" realizada por Francisco G. Hermosillo.

